



Consejo Argentino
para las Relaciones
Internacionales
Uruguay 1037, 1º piso
C1016ACA
Buenos Aires
Argentina

Tel: ++54 (11) 4811-
0071 al 74

Fax: ++54 (11) 4815-
4742

cari@cari.org.ar

Las opiniones expresadas en esta publicación son exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el pensamiento del CARI.

SEPTIEMBRE 2008

Un fantasma recorre el Cáucaso Osetia del Sur y la resurrección de la Guerra Fría*

*Khatchik Der Ghougassian, Profesor de relaciones internacionales en la
Universidad de San Andrés*

La iniciativa del presidente de Georgia, Mijail Saakashvili, de recuperar Osetia del Sur mediante una ofensiva militar contra los separatistas locales el 8 de agosto último, rápidamente se transformó en una guerra contra Rusia, país que desde 1992, con consentimiento de la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE) y conocimiento de la ONU, mantiene en la zona una fuerza de paz. Ese mismo año, y a raíz de un conflicto armado entre osetos y georgianos, la antigua Región Autónoma de Osetia del Sur de la República Soviética Socialista de Georgia se había declarado independiente simultáneamente a la República Autónoma de Abkhazia, la cual también buscó garantías para su cesión de hecho mediante la presencia de una fuerza de paz rusa.

La reacción rusa a la ofensiva georgiana del 8 de agosto fue rápida: en menos de 48 horas no sólo obligó la retirada total de las fuerzas georgianas sino que expandió sus operaciones militares hacia un radio más amplio que Osetia del Sur, bombardeando durante varios días el territorio de Georgia, y postergó su resolución a la propuesta de fin de hostilidades gestada por la Unión Europea, con la intención apenas negada de “castigar” al presidente georgiano, Mijail Saakashvili. Una semana después –el 15 de agosto– se estableció el cese de fuego, Rusia empezó a retirar sus fuerzas a las posiciones que ocupaban antes del 8 de agosto y se procedió al intercambio de prisioneros de guerra entre las partes.

El breve conflicto bélico de Osetia del Sur rápidamente reavivó los fantasmas de la Guerra Fría. Los medios de comunicación en los Estados Unidos y, en menor medida, en Europa esquematizaron el conflicto como la agresión de una Rusia expansionista reemergente contra un pequeño e indefenso país que, cinco años atrás y en virtud de la llamada “revolución de las rosas”, se había perfilado como un aliado de Occidente. Para varios intelectuales y analistas estadounidenses reconocidos, en general identificados con los “neoconservadores”, Rusia se habría vengado de la humillación sufrida en Kosovo. Para los más lúcidos, Moscú habría marcado los límites de la expansión de la OTAN hacia el Este enviando un duro mensaje tanto a Georgia como a Ucrania –también protagonista de una “revolución de color”– para alejar a esas potencias de semejante tentación. El cálculo equivocado y la arriesgada apuesta de Saakashvili había disminuido mucho las chances de su país de formar parte de la Alianza Atlántica. De hecho, si bien

Washington insistió en que la OTAN rompiera vínculos con Rusia, no hubo ningún gesto concreto para asegurar a Tbilisi la pronta cobertura de seguridad por parte de ese organismo.

Sin embargo, el 19 de agosto, los Estados Unidos y Polonia firmaron el acuerdo que transformaría al país centroeuropeo, junto con la República Checa, en escenario de una base del sistema antimisilístico desarrollado por el Pentágono. El acuerdo, que provocó la ira de Rusia y sus promesas de retaliación, marcó otro avance significativo de la proyección de poder estadounidense. Por la clara ventaja estratégica que concede a sus fuerzas nucleares

* Este artículo fue publicado en la revista Criterio Nº 2341 / IX 2008.

no puede dejar de generar una percepción de amenaza para Moscú.

Esta rápida vinculación de un enfrentamiento armado –en otras circunstancias pasaría casi inadvertido– con la dinámica del balance de poder en el contexto global podría redefinir la geopolítica en términos clásicos. Es decir: aunque los islamistas de Al-Qaeda prosigan con sus atentados suicidas, la verdadera competencia para el poder no se define en la abstracción de la “guerra contra el terrorismo” sino en el terreno real de la ocupación espacial y la expansión de influencia.

Esta reacción en cadena de los acontecimientos responde a la compleja trama entre la irresuelta cuestión de las nacionalidades en el Cáucaso, el proceso de construcción del estado, la determinación de Moscú de mantener bajo su influencia a los países de la periferia de la ex URSS –llamada la “vecindad inmediata” por las históricas consideraciones rusas de seguridad nacional– y los intereses petroleros de los países occidentales. En un año electoral en los Estados Unidos, y con el auge de la popularidad del demócrata Barack Obama –más proclive a una política internacional de inclusión y de diálogo que su rival republicano John McCain–, los “halcones” han encontrado en la “causa” de Georgia un nuevo motivo para reactivar sus esfuerzos hacia la creación de estructuras de proyección de poder que dificulten a ambos candidatos una rápida modificación del curso de la política exterior y la política de defensa, basadas en la llamada Doctrina Bush.

Con respecto al tema pendiente de las nacionalidades en el Cáucaso, tanto Osetia del Sur como Abkhazia son territorios que jurídicamente formaron parte de la RSS de Georgia por decisión de Joseph Stalin –él mismo hijo de un padre georgiano y de una madre oseta-. Con los osetos y los abkhazos, otras etnias nacionales (armenios en la región de Samtske-Javakheti, azeríes en Marneliu, y adjaros en Adjaría) que históricamente habían convivido con los georgianos, tuvieron que aceptar la supremacía jurídica de esa etnia mayoritaria y el control político de Tbilisi impuesto por Moscú, sin siquiera tener derecho a una autonomía local. Los arreglos territoriales de aquellos años de formación de la Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS) respondieron, en primer lugar, a los cálculos estratégicos de supervivencia de la Revolución y, luego, a la consolidación del proyecto estalinista de

“socialismo en un solo país”. El principio leninista de la libre autodeterminación de los pueblos así como las consideraciones demográficas o relativas a las aspiraciones de las poblaciones locales quedaron, a lo sumo, en un plano secundario.

Si el origen georgiano de Stalin jugó un rol a la hora de determinar el reparto territorial en el Cáucaso es una cuestión no explicitada todavía. Los georgianos sufrieron las represiones estalinista y postestalinista tanto como los otros pueblos, aun cuando en el liderazgo bolchevique hubo georgianos famosos como Grigori Ordjonikidze y Lavrenti Beria. Más aún, a pesar del posicionamiento tan cercano al poder en Moscú –siendo el último Eduard Schevardnadze, canciller de Mikhail Gorbachov–, en Georgia se desarrolló un sentimiento nacionalista muy fuerte que, por un lado, se enfrentó con el centro e hizo fracasar proyectos de asimilación –como la adopción del alfabeto cirílico en reemplazo del georgiano– y, por otro, se transformó en una amenaza para las demás etnias de Georgia. De hecho, el poder en Tbilisi nunca reconoció el derecho de estas etnias a una identidad propia y las consideró una suerte de quinta columna de los rusos. Inevitablemente, esta actitud, que se tradujo en políticas prohibicionistas e incluso represivas hacia las etnias no georgianas, generó rechazo, resistencia y, finalmente, enfrentamiento directo.

Georgia se independizó en 1991, e inmediatamente el Parlamento georgiano votó una ley que eliminaba las autonomías locales, una decisión que llevó directamente al estallido de los conflictos armados en Abkhazia y Osetia del Sur.

Desde que empezó a desarrollarse como fuerza de modernización con una burguesía emergente en las grandes ciudades, particularmente en la capital Tiflis (actual Tbilisi), el nacionalismo georgiano se distinguió por su carácter anti-ruso y no sólo anti-soviético o anti-comunista; este sentimiento, con el proceso de independencia, se profundizó aún más. Al igual que los checos y los polacos, los dirigentes de Georgia aspiraron a la integración de su país con Occidente –entiéndase Estados Unidos y los países europeos– como garantía contra la amenaza rusa. Pero, desde Washington o las capitales europeas, la inmediata preocupación posterior a la disolución de la URSS era evitar que se produjera una brutal fragmentación del conti-

nente eurasiático, con el potencial peligro de una desestabilización y hasta la amenaza de explosión del sistema internacional. Por lo tanto, George Bush (padre) y Bill Clinton en su primer mandato priorizaron a Rusia. No se buscó humillarla; se la reconoció como heredera de la URSS en el Consejo de Seguridad y hasta se le prometió al entonces gran héroe democrático Boris Yeltsin no expandir la OTAN hacia el Este.

Dos factores revirtieron esta situación. En primer lugar, que los georgianos empezaran una tarea de lobbying muy fuerte en Washington contratando firmas especializadas en esa actividad. En segundo lugar, que el descubrimiento de las reservas petroleras en el Mar Caspio despertara los intereses de las empresas petroleras occidentales, las cuales presionaron para lograr una mayor intervención diplomática de sus gobiernos en el Cáucaso. Ante el rechazo de Azerbaijón de incluir a Armenia en el proyecto del oleoducto que llevaría el crudo caspiano de Bakú a la ciudad portuaria turca de Ceyhan, en el mar Mediterráneo, Georgia se transformó en país clave para la concreción del proyecto. Sin embargo, fue con la administración de George W. Bush que Georgia se transformó en una pieza fundamental para la nueva proyección global del poder de Estados Unidos después del 11-S. Así, en abril de 2003, y con el pretexto de la aparición de “terroristas” en el valle de Pankisi, Washington empezó a entrenar fuerzas especiales georgianas. Georgia, a su vez, envió dos mil efectivos como parte de las Fuerzas de la Coalición en Irak.

La Revolución de las Rosas, en noviembre del mismo año, llevó al poder a Mikhail Saakashvili, quien pronto gozó del gran apoyo de Estados Unidos y de la Unión Europea como gran promesa democrática. Con la generosa ayuda de casi mil millones de dólares anuales que recibió de Washington y de Bruselas, Saakashvili inició un ambicioso programa de modernización atacando la corrupción y definiendo reformas radicales en la economía. Al mismo tiempo, sin embargo, multiplicó los gestos que exigían la reintegración de Abkhazia y Osetia del Sur, la finalización de la presencia y la influencia rusa, y el pedido de membresía de Georgia en la OTAN. En otras palabras, pese a sus credenciales de demócrata, Saakashvili no modificó la agenda nacionalista de sus antecesores. Por el contrario y a diferencia del débil pero prudente Eduard She-

vardnadze, Saakashvili volvió a la opción militar en Osetia del Sur. Apostó muy fuerte. Probablemente lo indujo a ello su confianza en la rápida victoria militar y el apoyo efectivo de las potencias occidentales, además de considerar al nacionalismo como un factor de neutralización del descontento interno de Georgia luego del desencanto de un sector importante de la sociedad por las promesas incumplidas de la Revolución de las Rosas.

Todos estos acontecimientos, lógicamente, causaron fuerte preocupación en Moscú. Aún debilitada por el impacto de la transición económico-social durante los inicios de los ‘90, Rusia nunca dejó de preocuparse por la estabilidad de su “vecindad inmediata”. Ante el desafío georgiano, los rusos respondieron con su apoyo militar y diplomático a Abkhazia y Osetia del Sur sin reconocer jamás su independencia; esto hubiera podido generar un antecedente peligroso en la región. Desde 1991 y luego de asegurarse como garante de su permanencia en ambas regiones fuera del control georgiano, la estrategia rusa ha sido el mantenimiento del statu quo, sin arruinar sus relaciones con los países occidentales. Vladimir Putin en particular desarrolló una política externa pragmática y realista a la vez: una integración con Occidente manteniendo un estatus especial y exigiendo que éste fuera reconocido. La recuperación económica primero y luego, desde 2003, el crecimiento sostenido devolvieron la confianza en el Estado, el cual se veía regresar y consolidarse para quitar el destino de Rusia de las manos de los oligarcas. En esta renovada autoconfianza, el arquitecto del regreso del estatismo en Rusia, Vladimir Putin, percibía sin embargo un renovado desprecio hacia su país en gestos y decisiones, como la anulación del Tratado de Misiles Anti-Balísticos en 2002, el establecimiento de bases militares en Asia Central, el entusiasmo y apoyo a las llamadas “revoluciones de color” y, last but not least, el reconocimiento unilateral de la independencia de Kosovo por parte de los Estados Unidos y de países desarrollados en Europa.

Para citar este artículo:
Der Ghougassian, Khatchik (2008), “Un fantasma recorre el Cáucaso. Osetia del Sur y la resurrección de la Guerra Fría”, [en línea], Serie de Artículos Y Testimonios, N° 48, Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. Dirección URL: <http://www.cari.org.ar/publicaciones>